

VII

Dominada Bélgica por España largo tiempo, uno y otro pueblo tenían costumbres muy parecidas. La nación estaba dominada por los sacerdotes, y los privilegios de éstos le parecía á aquella que eran suyos propios. José II, filósofo prematuro, pero filósofo armado, había querido emancipar á aquel pueblo del despotismo clerical. Bélgica se había insurreccionado en 1790 contra la libertad que se le ofrecía, y se había adherido al partido de sus opresores. El fanatismo de los sacerdotes y el de los privilegios municipales, reunidos en un solo sentimiento de resistencia á José II, habían sublevado aquellas provincias. Los sublevados se habían apoderado de Gante y de Bruselas, y habían proclamado la caducidad de la casa de Austria en la soberanía de los Países Bajos. La revolución belga, apenas triunfante, se había dividido en dos partidos: el uno, sacerdotal y aristocrático, pedía una Constitución oligárquica; el otro, que era el popular, pedía una democracia calcada sobre la revolución francesa. Van der Noot, tribuno elocuente y cruel, era el alma del primer partido. Van der Merch, soldado intrépido, era el jefe del partido popular. De este modo estalló la guerra civil en medio de la independencia. Van der Merch, hecho prisionero por los aristócratas, fué sumido en un calabozo. Leopoldo, sucesor de José II, se aprovechó de estas divisiones intestinas para reconquistar á Bélgica, que cansada de libertad ántes de haberla gozado, se sometió sin resistencia. Van der Noot se desterró á Holanda; Van der Merch, puesto en libertad por los austriacos, recibió un generoso perdón y se convirtió en oscuro ciudadano. La independencia se vió comprimida por numerosas tropas austriacas, y por consiguiente no podía ménos de salir de su letargo con el contacto de los ejércitos franceses.

Lafayette parece que comprendió y aprobó el plan de Dumouriez. Quedó, pues, convenido que el mariscal Rochambeau obtendría el mando en jefe del ejército que debía amenazar á Bélgica; que Lafayette tendría á sus órdenes un cuerpo respetable de ejército que sería el invasor, y que una vez verificada la invasión, Lafayette mandaría solo en los Países Bajos. De esta suerte Rochambeau, envejecido y gastado por la inacción, no tendría sino los honores del mando superior, al paso que á Lafayette le pertenecería toda la acción de la campaña y toda la propaganda armada de la revolución. «Este papel—decía el anciano mariscal—es muy á propósito para él; yo no entiendo nada de hacer la guerra en las ciudades.» Consistía el atrevido plan de campaña concebido por Dumouriez en hacer marchar á Lafayette sobre Namur, punto mal defendido, del cual debía apoderarse para dirigirse en cuanto lo hubiese efectuado á Bruselas y á Lieja, capitales de los Países Bajos y centros de la independencia belga. El general Biron debía al mismo tiempo echarse con diez mil hombres sobre Mons, contra el general austriaco Beaulieu, que no tenía allí sino dos ó tres mil hombres; debía además sacarse de la guarnición de Lille otro cuerpo de tres mil hombres que ocupase á Tournay, y que despues de haber dejado guarnición en la ciudadela, fuese á engrosar las fuerzas de Biron. Mil doscientos hombres salidos de Dunkerque eran los encargados de sorprender á Furnes, avanzando en seguida hasta el corazón de las provincias belgas en unión con los cuarenta mil hombres que mandaba Lafayette, y atacar en todos los puntos á

la vez en diez días á un enemigo mal preparado, insurreccionar las poblaciones á su tránsito por ellas, reforzar hasta ochenta mil hombres aquel ejército invasor, uniendo á él los batallones belgas sublevados en nombre de la independencia, para batir todos reunidos el ejército del emperador conforme fuere viniendo de Alemania. Nada faltaba á este plan de cuanto era necesario para llevarle á cabo con buen éxito, sino un hombre capaz de hacerlo. Dumouriez dispuso las tropas y distribuyó los mandos del modo que le pareció conveniente para que no se desgraciase. El ímpetu de Francia correspondía al arrojo de su carácter nacional.

Al otro lado del Rhin se hacían los preparativos con energía y simultaneidad. El emperador y el rey de Prusia se reunieron en Francfort, en donde también estaba el duque de Brunswick. La emperatriz de Rusia se adhirió á la agresión de las potencias contra la nación francesa, y envió tropas sobre Polonia para sofocar allí los gérmenes de los mismos principios que iban á combatirse en París. Toda Alemania cedió á su pesar al impulso de aquellos tres gabinetes, y dividida en masas formidables se dirigió hácia el Rhin. El emperador preludió la guerra de los tronos contra los pueblos con su coronación en Francfort. El cuartel general del duque de Brunswick se organizó en Coblenza, que era la capital de la emigración. El generalísimo de los ejércitos confederados tuvo allí la primera entrevista con los condes de Provenza y de Artois, hermanos de Luis XVI, á quienes prometió devolver ántes de poco su rango y su patria. Ellos por su parte le daban ya de antemano los dictados de *héroe del Rhin* y *brazo derecho de los reyes*.

Todo tomaba un aspecto militar. Los dos príncipes de Prusia, acantonados en un pueblo inmediato á Coblenza, no tenían sino un cuarto para los dos, y se veían obligados á dormir en el suelo. El rey de Prusia era recibido en todas las orillas del Rhin con salvas de artillería. En todas las ciudades que atravesaba, tanto los emigrados como las poblaciones y hasta sus mismas tropas, le proclamaban de antemano como salvador de Alemania. Su nombre, escrito con letras de fuego, aparecía en todas las iluminaciones coronado con este lema, expresión de la más refinada adulación: «*Vivat Vellelmus, francos deleat, jura regis restituat!*» «*Viva Guillermo, exterminador de los franceses y restaurador de los tronos!*»

VIII

Coblenza es una ciudad situada en la confluencia del Mosela y del Rhin, en los Estados del elector de Tréveris, convertida entónces, como ya hemos dicho, en capital de la emigración francesa. Veintidos mil emigrados, todos ellos caballeros, rodeaban allí á los siete príncipes también emigrados de la casa de Borbon. Eran éstos los condes de Provenza y de Artois; dos hijos de este último, los duques de Berry y de Angulema; el príncipe de Condé, primo del rey; su hijo el duque de Borbon, y su nieto el duque de Enghien. Toda la flor de la nobleza militar del reino, á excepción de los partidarios de la Constitución, había abandonado sus guarniciones ó sus palacios para ir á filiarse en aquella cruzada de reyes contra la revolución francesa.

Este movimiento que hoy nos parece impío, porque armaba á los ciudadanos contra su patria y porque imploraba el auxilio de los ejércitos extranjeros para combatir á Francia, no tenía entónces á los ojos de nuestra nobleza ese carácter parri-

cida con que le hace aparecer el patriotismo más ilustrado de estos últimos tiempos. Culpable ante la razón, explicábase al ménos ante el sentimiento. La infidelidad á la patria era fidelidad al rey, y esta fidelidad se llamaba entonces honor.

La fe en el trono era la religion de la nobleza francesa. La soberanía popular era para ella un dogma insolente contra el cual era menester sacar la espada, so pena de complicidad en tamaño crimen. Aquella nobleza habia sufrido con paciencia las humillaciones y aún los despojos personales de títulos y de bienes que la Asamblea constituyente le habia impuesto al destruir los últimos vestigios de sus derechos feudales; ó por mejor decir, ella misma era la que habia hecho este sacrificio á la patria en la noche del 6 de Agosto. Mas los ultrajes hechos al rey le habian parecido más insoportables que los suyos propios. Libertarle de su cautiverio, arrancarle de los peligros á que estaba expuesto continuamente, salvar á la reina y á sus hijos, restablecer el trono en toda la plenitud de sus derechos, ó morir peleando por esta santa causa, le parecia un deber de su situacion y de su ilustre sangre. Viendo al honor en una parte y á la patria en otra, no habia vacilado un instante en preferir aquél á ésta, y por consiguiente habia seguido la senda que le trazaba el honor. Este se santificaba aún entre aquellos ilustres proscritos con la palabra mágica de sacrificio. En efecto, habia realmente un sacrificio en aquellos jóvenes, y no ménos en los ancianos, que abandonaban sus grados en el ejército, sus bienes, su patria y sus familias para ir á una tierra extranjera á rodear la bandera blanca sirviendo bajo ella como simples soldados, y prescindiendo del destierro perpetuo á que se condenaban por sólo este hecho, del expolio decretado contra ellos por las leyes de su país, de las fatigas de los campamentos, y finalmente, hasta de la muerte que iban á hallar en los campos de batalla. Si la decision de los patriotas por la revolucion era sublime como la esperanza, la de la nobleza emigrada era generosa como la desesperacion. En las guerras civiles es preciso juzgar á cada partido por sus propias ideas. Las discordias intestinas son casi siempre la expresion de dos deberes que están en oposicion. El deber de los patriotas era la patria; el de los emigrados, el trono. Uno de los dos partidos podia equivocarse en la eleccion, pero ambos creian cumplir con su deber.

Componíase la emigracion de dos partidos distintos, á los que designaríamos con los nombres de políticos y combatientes. Eran los políticos los que rodeaban continuamente á los condes de Provenza y de Artois, vociferando sin el menor riesgo contra las verdades de la filosofía y contra los principios de la democracia. Empleábanse ademas en escribir folletos y periódicos, en los cuales se pintaba la revolucion francesa como una conspiracion infernal de algunos malvados contra los reyes y hasta contra el mismo Dios. Formaban estos hombres unos soñados consejos de un gobierno imaginario, intrigaban por que se les diesen comisiones, soñaban planes, anudaban intrigas, corrian todas las cortes, sublevaban á los soberanos y á sus ministros contra Francia, se disputaban el favor de los príncipes franceses, y llevaban consigo á aquella tierra extranjera y de destierro para ellos las ambiciones, la rivalidad y la codicia de las cortes. Los militares ó combatientes no habian llevado consigo sino el valor, la ligereza y la gracia de su nacion y de su carrera, unidos á cierta indiferencia por todo lo que no era valor y entusiasmo militar. Coblenza era el campo de la ilusion y del sacrificio. Aquel puñado de valientes se creia ser una nacion, y ejercitándose en los campamentos con conti-

nuas maniobras, se preparaba para reconquistar toda una monarquía con sólo hacer algunas marchas. Los emigrados de todos los países y de todas las épocas han ofrecido un espectáculo semejante. Todo emigrado cree haberse llevado la patria en la suela de su zapato, como decia Danton; pero no se lleva más que su sombra, no consigue sino su ira, ni vuelve á hallar en ella otra cosa que su pasion.



Tres facciones correspondian á estos distintos partidos en la emigracion, que tenian á su cabeza á los principales emigrados. El conde de Provenza, llamado despues Luis XVIII, era un príncipe filósofo, político y diplomático, inclinado por su espíritu á las innovaciones, enemigo de la nobleza y del sacerdocio, favorable á la democracia, y que hubiese perdonado á la revolucion si ésta hubiese querido perdonar á la dignidad real. Prohibiéndole sus enfermedades precoces empuñar las armas, hacía uso de la política para defender sus intereses, cultivaba su entendimiento, se dedicaba á estudiar la historia, escribia bien, presentaba como próxima la caída y temia la muerte probable de Luis XVI. Creia este príncipe en las vicisitudes de las revoluciones, y se preparaba con antelacion á ser el pacificador de su país y el conciliador del trono y la libertad. Su corazón poco varonil tenia defectos y cualidades mujeriles. Necesitando tener amigos, se entregaba á unos favoritos

escogidos más bien por favor que porque hubiese en ellos un mérito real. Veía las cosas y los hombres á través de sus libros ó del corazón de sus cortesanos. Príncipe un tanto teatral, se ponía de manifiesto como una estatua del derecho y de la desgracia ante los ojos de Europa. Estudiaba sus posturas, hablaba académicamente de sus adversidades, y quería aparecer á un mismo tiempo como víctima y como sabio. El ejército no le quería.

El conde de Artois, más joven que él, mimado por la naturaleza, por la corte y por las mujeres, había adoptado el papel de héroe. Este representaba en Coblenza el antiguo honor y la decisión caballeresca del carácter francés. Era adorado de la nobleza de la corte, cuya gracia, elegancia y orgullo se hallaban personificados en él. Su corazón era bueno, su comprensión fácil, pero su talento no era más que mediano. Filósofo por ligereza y por manía ántes de la revolución, supersticioso después por debilidad y por dejarse llevar, desafiaba desde lejos á la revolución con la punta de su espada. Este príncipe parecía más á propósito para irritarla que para vencerla, y anunciaba ya desde aquella época aquellas temeridades sin venir al caso y aquellas provocaciones sin fuerzas para sostenerlas que debían, andando el tiempo, costarle nada ménos que un trono. Pero su belleza unida á su gracia y cordialidad, cubrían estas imperfecciones de su inteligencia y parecía destinado á no morir jamás. Viejo en años, debía reinar y morir siendo siempre joven. En otra época hubiese sido un Francisco I; en la suya fué simplemente Carlos X.

El príncipe de Condé era militar bajo todos conceptos. Despreciaba igualmente aquellas dos cortes trasplantadas á las orillas del Rhin, y la suya era su campamento. Su hijo el duque de Borbon hacía su primer campaña bajo sus órdenes, y su nieto el duque de Enghien, que á la sazón tenía diez y siete años, le servía ya en clase de ayudante de campo. Este joven príncipe era el Aquiles de aquel campamento de emigrados. Su valor, su arrojo y su generosidad prometían en él un héroe más á aquella raza heroica de los Condé, héroe digno de llevar la victoria á una causa ménos reprobada, ó de morir en medio del día en un campo de batalla, y no como murió algunos años después en un foso de Vincennes, á la luz de un farol y fusilado en medio de la noche, ó por mejor decir, asesinado, sin otro amigo que le acompañase en este trance que un perro, fiel á su desgraciado dueño hasta aquel instante.

IX

Entre tanto Luis XVI temblaba en su palacio por las consecuencias que podía traerle aquella guerra que él mismo había proclamado y que amenazaba ya nuestras fronteras. No se le ocultaba que no era tanto el jefe como el rehen de Francia, ni que su cabeza y las de su mujer y sus hijos responderían á la nación de sus reveses ó de sus peligros. El que se cree amenazado, ve traiciones en todas partes. Los periódicos y los clubs denunciaban más que nunca la existencia de un *comité austriaco* del cual era alma la reina. Este rumor se había acreditado entre el pueblo, y si no le había costado á esta princesa sino la pérdida de su popularidad durante la paz, podía muy bien costarle la vida en tiempo de guerra. Así, esta desgraciada familia, acusada anteriormente de haber vendido la paz, era acusada ahora de hacer traición á la guerra. El rey, que abarcaba todos estos peligros de una mirada, trató de acudir al más inmediato.

En consecuencia de esto, envió un confidente suyo al rey de Prusia y al emperador, encargado de obtener de aquellos dos soberanos que suspendiesen, mirando por su salvación, las hostilidades, y que hiciesen preceder á la invasión un manifiesto reconciliador que permitiese á Francia retroceder sin necesidad de avergonzarse, y que pusiese la vida de la familia real bajo la responsabilidad de la nación. Este negociador fué Mallet-Dupan, joven publicista ginebrino establecido en Francia y mezclado en el movimiento contrarrevolucionario. Mallet-Dupan era monárquico por principios y amaba al rey personalmente. Salió de París so pretexto de volverse á Ginebra. Desde allí se fué á Alemania á verse con el mariscal de Castries, confidente de Luis XVI en el extranjero y uno de los jefes de los emigrados. Con las credenciales de éste, se presentó en Coblenza al duque de Brunswick, y en Francfort á los ministros del emperador y del rey de Prusia. Estos no quisieron dar fe á sus comunicaciones, á ménos que les presentase una carta autógrafa del rey. Luis XVI hizo llegar á sus manos tres renglones escritos de su puño en un pedacito de papel de dos pulgadas de ancho, cuyo contenido era el siguiente: «La persona que presentará este billete conoce mis intenciones, y puede creerse todo cuanto ella diga en mi nombre».

Este escrito fué suficiente para que se abriesen las negociaciones entre Mallet-Dupan y los condes de Cobenzel y de Haugwitz y el general Heyman, plenipotenciarios del emperador y del rey de Prusia. Estos ministros, después de haber reconocido el título de la misión de Mallet-Dupan, le hicieron comunicar las instrucciones que traía, reducidas en resumen á lo siguiente: El rey unía el ruego á la exhortación para recabar de los emigrados que no hiciesen perder á la próxima guerra su carácter de potencia á potencia, tomando parte en ella en nombre del restablecimiento de la monarquía. Cualquiera otra conducta diferente de esta produciría una guerra civil, pondría en peligro las vidas del rey y de la reina y haría pasar á cuchillo á todos los realistas. El rey añadía que exhortaba á los soberanos armados por su causa á que hiciesen la debida distinción en el manifiesto entre la facción de los jacobinos y el resto de la nación, y entre la libertad de los pueblos y la anarquía que los despedaza; que declarasen formal y enérgicamente á la Asamblea, á los cuerpos administrativos y á los ayuntamientos que responderían con sus cabezas de todos los atentados que se cometiesen contra las personas sagradas del rey, la reina y sus hijos; y finalmente, que anunciaran á la nación que la guerra no sería seguida de ningún desmembramiento de territorio, que no se trataría de la paz sino con el rey, y que en consecuencia, la Asamblea debía apresurarse á devolverle el uso de una entera libertad para que pudiese negociar con las potencias en nombre de su pueblo.

Mallet-Dupan descifró el sentido de estas instrucciones con toda la superioridad de miras y con toda la energía que era capaz de infundirle el cariño que profesaba al rey. Pintó trágicamente el interior del palacio de las Tullerías y los terrores que asediaban continuamente á la familia real. Los ministros se enternecieron en vista de tantas desdichas, y prometieron dar cuenta exacta de todo ello á sus soberanos, asegurando entre tanto á Mallet-Dupan que las intenciones del rey serían la regla y la medida de las palabras del manifiesto de la coalición á la nación francesa.

No le ocultaron, sin embargo, cuánto les sorprendía el ver que el lenguaje de los príncipes franceses emigrados en Coblenza fuese tan opuesto á las miras que

tenia el rey en Paris. «Ellos manifiestan francamente—le dijeron—la intencion de reconquistar el trono por la contrarevolucion, de hacerse independientes, de destronar á su hermano y de proclamar una regencia.» El confidente de Luis XVI volvió á salir para Ginebra despues de esta entrevista. El emperador, el rey de Prusia, los principales príncipes de la confederacion, los ministros, los generales y el duque de Brunswick se volvieron á Maguncia, ciudad en que, con motivo de las conferencias, se habian suspendido los regocijos públicos, y que fué por algun tiempo el cuartel general de los tronos. Allí, bajo la inspiracion de los emigrados, se adoptaron resoluciones extremas, y se decidió combatir cuerpo á cuerpo á una revolucion que iba engrandeciéndose con las contemplaciones que se guardaban con ella. Las súplicas de Luis XVI y las advertencias de Mallet-Dupan se olvidaron completamente, y el plan de campaña se dispuso al momento.

Estaba éste arreglado del modo siguiente. El emperador debía tener la direccion suprema de la guerra en Bélgica, y el duque de Saxe-Teschen mandaria aquel ejército bajo sus órdenes. Quince mil hombres de sus tropas debian cubrir la derecha de los prusianos y unirse á ellos cerca de Longwy. Veinte mil hombres del emperador mandados por el príncipe de Hohenlohe debian situarse entre el Rhin y el Moselle, cubrir la izquierda de los prusianos y operar sobre Landau, Sarrelouis y Thionville. Un tercer cuerpo, á las órdenes del príncipe de Esterhazy y reforzado con cinco mil emigrados conducidos por el príncipe de Condé, debía amenazar las fronteras desde Suiza hasta Philipsbourg. El rey de Cerdeña tendria su ejército en observacion sobre el Var y el Isere. Tomadas estas disposiciones, se resolvió responder al terror con el terror y publicar en nombre del duque de Brunswick, generalísimo del ejército, un manifiesto que no dejaria á la revolucion francesa otra alternativa que la sumision ó la muerte.

Mr. de Calonne le inspiró. El marques de Limon, antiguo intendente de hacienda del duque de Orleans, revolucionario ardiente en un principio como su amo, y despues emigrado y realista implacable, fué el que lo redactó, sometiéndolo á la aprobacion del emperador, que se lo hizo aprobar al rey de Prusia y éste á su vez al duque de Brunswick. El duque manifestó que no era enteramente de su agrado, y pidió que se le permitiese dulcificar algunas de sus expresiones; los soberanos se lo permitieron, pero el marqués de Limon, apoyado por el partido de los príncipes franceses, volvió á redactarlo en los mismos términos que anteriormente. El duque de Brunswick se indignó al ver esto, é hizo pedazos el manifiesto, sin atreverse no obstante á declarar que no tenia parte en él. Así es que aquel escrito apareció con todos sus insultos y amenazas á la nacion francesa. Instruidos el emperador y el rey de Prusia de las secretas condescendencias del duque de Brunswick con Francia y de la oferta de la corona hecha á él por los facciosos, le hicieron sufrir la responsabilidad de esta proclama como una venganza ó como una retractacion. Este imperioso reto de los reyes á la libertad amenazaba con pena de la vida á todos los guardias nacionales que fuesen cogidos con las armas en la mano defendiendo su independecia y su patria, intimando ademas que, dado caso que se cometiese el menor ultraje por parte de los facciosos contra la majestad real, se arrasaria Paris hasta hacerle desaparecer de la superficie de la tierra.

LIBRO QUINCE.

Discordia en el Consejo de ministros.—Dispónese un campamento de veinte mil hombres en las inmediaciones de Paris.—Niégase el rey de nuevo á sancionar el decreto contra los sacerdotes.—Destitucion de Roland, de Claviere y de Servan.—Roland lee en la Asamblea su carta confidencial al rey.—El rey se niega definitivamente á sancionar el decreto contra el clero.—Grupos del arrabal de San Antonio.—Dumouriez presenta su dimision.—Nuevo ministerio formado el 17 de Junio.—Salida de Dumouriez para el ejército.—Su despedida del rey.—La casa de madama Roland es el centro del partido girondino.—Conspirase allí para la supresion de la monarquía.—Barbaroux.—Buzot amigo de madama Roland.—Danton.—Su nacimiento.—Su retrato.—Hostilidades en Bélgica.—Reveses.—Causas de éstos.—Generales.—Consternacion de Paris.—Estado de Francia.

I

Mientras la inminencia de una guerra á muerte agitaba al pueblo y amenazaba al rey, la discordia seguia reinando en el Consejo de ministros. Dumouriez acusaba á Servan de obedecer con un servilismo más semejante al amor que á la condescendencia las insinuaciones de madama Roland y de hacer fracasar el plan de invasion en Bélgica. Los amigos de madama Roland amenazaban á Dumouriez por su parte con hacerle dar cuenta en la Asamblea del destino, sospechoso para ellos, de los seis millones que para gastos secretos se le habian concedido. Guadet y Vergniaud tenian ya preparados sus discursos y un proyecto de decreto para que se le exigiese cuenta de aquella suma. Dumouriez, que con este oro habia comprado muchos amigos y cómplices entre jacobinos y fuldenses, aparentó una gran indignacion al ver las sospechas que de él se tenian, y so pretexto del ultraje que se hacía á su honor, se negó terminantemente á dar cuentas y amenazó con dar su dimision. Al oír esto, un considerable número de fuldenses y de jacobinos, entre los cuales estaba el mismo Petion, fueron á casa del ministro agraviado á instarle para que no abandonase su puesto. Dumouriez consintió en ello, pero á condicion de que se le dejase disponer de estos fondos, teniendo absoluta confianza en su conciencia. Intimidados los girondinos al ver que aquel hombre pensaba en retirarse, y conociendo que necesitaban de la firmeza de su carácter, renunciaron á proponer el decreto que tenian preparado y le dieron un voto de confianza. El pueblo le vitoreó al salir de la Asamblea, y estos aplausos resonaron dolorosamente en el conciliábulo de madama Roland. Esta estaba envidiosa de la popularidad de Dumouriez, porque segun su modo de ver, no era la que da la virtud, que era la que ella queria exclusivamente para su marido y para todo el partido. Roland y sus colegas girondinos, Servan y Claviere, redoblaban sus esfuerzos, ejercian violencias sobre el ánimo del rey, y no escaseaban denuncias para conquistarla. Su táctica, resultado más bien de la debilidad que de la ambicion, consistia en adular á la Asamblea, agasajar al pueblo, irritar á los jacobinos contra la corte, asediar al rey